

# ançora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 14 ABRIL 1960  
NÚM. 627 AÑO XIII

## SEMANA SANTA



Quedó atrás el Domingo de Ramos, el día de la aclamación pública de Jesús, el día, el único día, que permitió una esperanza a los que confiaban en la misión terrenal de Jesús, a los que veían en el prometido Mesías el futuro rey, libertador de Israel, el caudillo que acabaría con la dominación romana. Y en esta esperanza, humana, pero en el fondo egoísta, ya a los primeros rumores de que el cortejo de Jesús se acercaba a Jerusalén, sus moradores se agruparon en las calles, en los balcones, en los cruces de caminos, dispuestos al aplauso, a vitorear al presunto libertador. Agitaban palmas, cubrían con sus túnicas las calles y gritos de júbilo se oían por doquier. Pero, muy probablemente cundió ya en los ánimos la primera desilusión, al contemplar a Jesús montado en la mansa cabalgadura, que, aunque común en la Judea, no correspondía al futuro caudillo del pueblo. Los altos dignatarios de Jerusalén, los sacerdotes y escribas, diéronse cuenta de que la misión de Jesús era muy otra. Comprendieron la naturaleza espiritual del mensaje de Jesús, pero, soberbios, negaron su divinidad, porque no querían admitir errores en su forma de interpretar la Ley. Como si la única misión del Mesías hubiese tenido que ser el corroborar sus viejas, caducas y adulteradas orientaciones. ¿Cómo podía ser el Mesías aquel Nazareno? ¿Cómo, si ni una sola vez había tenido para ellos una palabra de elogio, ellos que habían guardado fielmente la Ley?

Y, así, entre soberbios y egoístas, iba fraguándose la traición.

Y Jesús, manso, sobre su mansa cabalgadura, dando cumplimento a las profecías caminaba hacia la cruz.

Más que olvidado, el Domingo de Ramos, fue, en esencia, vengado. El pueblo judío, endurecido, quiso vengarse de la desilusión que les produjo su frustrado libertador. Obsesionados con su inmediato bienestar, con unos días, con una época de victoria y dominio sobre las tierras vecinas, descuidaron la cruzada espiritual encomendada al Mesías y que había de culminar en la Redención, que tantas voces proféticas habían también anunciado.

Y el Cordero de Isaías, el Varón de Dolores, iba tomando cuerpo y realidad

Huerto de Getsemaní. Osculo de traición. Huida de los Apóstoles. Jesús es presentado ante Caifás. Pedro niega a su Maestro. Jesús ante Pilato. Jesús, pospuesto a Barrabás.

Las páginas de Isaías quedan escritas en sangre.

Jesús es azotado y coronado de espinas.

Jesús sube al Calvario. Es crucificado.

**ESTE ES JESUS, REY DE LOS JUDIOS.**

¡Ironía del rótulo! Ya que por no haber querido ser rey de los judíos, fue crucificado.

«Mi Reino no es de este mundo.»

Y esta verdad no quisieron entenderla los hombres que rodearon a Jesús, ni hoy, después de dos mil años, parece que sea verdad sabida.

¡Cuánto egoísmo en los rezos, cuantas miras humanas en nuestro pedir al Cielo...!

«Mi Reino no es de este mundo»,

Jesús con la Redención nos preparó la Gloria.

Con su Pascua Gloriosa, la Resurrección en la Vida Eterna.

No lo olvidemos. No acompañemos a Jesús únicamente en el clamor de un

Sintonia

### Un último baluarte

Muchos podemos acordarnos del tiempo de oro de los «recuits». Era aquel tiempo en que a la calderilla con su valor en cobre, le era permitido el poder de adquisición.

Los requesones pertenecían al valor del cobre. Para los mozelos que íbamos a la escuela, eran la resolución de nuestro almuerzo. La escena era curiosa, principalmente en los que vivíamos entre la ciudad y el campo. Recibíamos los requesones de manos de las campesinas, antes que los del centro de la urbe. Pronto, una gran rebanada o dos de pan familiar se veían cubiertas de un notable espesor de aquellos «recuits». Con aquella rebanada en la mano e hincándole los dientes, íbamos camino de la escuela. A nuestro paso, alguna vez oíamos: «Quin llibre més gros que passes. Noí, si et cau als peus et faràs mal».

Pero aquellos requesones traían también algo más que gastronomía. Aquella su blancura, envuelta en bolsas de lienzo, también, parecía convertirse, cada mañana, en el mensaje tranquilo, apacible, de la campiña. Parecía que ellos nos recordaban el sonar de las esquilas en el prado o en el bosque, el rumoreo de algún enjambre lejano, el pacer pacífico y constante del rebaño. . .

Hace unos días murió la anciana que todos conocíamos por Teresa de Vallbenera. Allí vivía desde hacía muchos años y hasta el último momento, ella no dejó de traer a los guixolenses sus frescos «recuits». Para éstos, Teresa era uno de sus últimos baluartes. Los andurriales y vercuetos que conducen a aquella sierra de Vallbenera, saludaron el paso de la ahora anciana, hasta que la muerte ha ido a llamarla cuando contaba setenta y cinco años.

El mercado, nuestro mercado, ha sufrido una baja. Quizá sea una baja de cuya naturaleza no veamos la prosecución.

Domingo de Ramos o en la soleada mañana de la Resurrección. Si de verdad queremos ser hijos de la Promesa, hemos de seguir con El en el Huerto, en la calle de la Amargura, en la Cruz.

L. d'A.